

**E**n el origen de la orientación de este número de Testimonio *El encanto de la Vida Consagrada, nuevos paradigmas* para apasionarse por Cristo y por la humanidad hay que poner una llamada muy personal para hacer este camino espiritual, una decisión para comenzarlo y seguirlo y el deseo de asumir las consecuencias de esta opción. Este camino ha nacido, sobre todo, de la lectura atenta y de la oración sobre varios textos de la Escritura: “Él es la piedra angular de nuestra vida...” (Hech 4, 11-12); “El designio del Padre es hacer de Jesús el corazón del mundo” (Ef 1, 3-10); “¿No ardía nuestro corazón mientras hablaba en el camino y nos explicaba las escrituras?” (Lc 24, 32); “Para que en él tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 11, 25).

En todo el número se juega con tres palabras claves: *encanto, des-encanto y re-encanto*; no son palabras de libro, de diccionario. Son realidades y experiencias de vida. Sin duda, las tres más usadas en estas páginas. El hilo conductor de los artículos y experiencias es superar el desencanto con el que estamos viviendo la vida religiosa hoy y entrar por los caminos del reencantamiento. La invitación es clara y precisa a que nuestras vidas sean intensamente apasionadas por Cristo que “es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo apasionado de todos los corazones y plenitud de todas las aspiraciones” (Pablo VI).

A pesar del real desencanto en este momento de la Vida Consagrada hay que aceptar que está hecha para encantar y apasionar por la vida de fe y la vida evangélica; *tiene en sí una maravillosa fuerza profética, carismática, de radicalidad, de humanidad y de espiritualidad*. ¿Ha perdido de hecho esta fuerza? ¿El creyente la está volcando en otras metas, en otras formas de vida? ¿Se ha descuidado este aspecto? ¿No se presenta la vida consagrada ni se forma en ella con esta perspectiva?

En el fondo, el objetivo último de este número es ayudar a contemplar a Jesucristo como el gran “encantador”; ponerlo ante nuestros ojos para que nuestro corazón *arda, disfrutemos con su compañía y nos movamos hacia él con renovada intensidad y profundo afecto y así nazca una intensa caridad pastoral que nos mueva a ser muy misioneros y grandes místicos*. Se

trata de poner a Cristo en nuestro corazón, en nuestros labios y a nosotros mismos en el corazón de Jesús. “Buscarte has en mi corazón y yo buscar he mi corazón en el tuyo” (Sta. Teresa). De ahí nace el verdadero encanto por la vida consagrada.

El mensaje de este número de Testimonio es radical. Urge pasar del desencanto al encanto y pagar el precio por ello. Las reflexiones y orientaciones que se van ofreciendo son como vademécum para esta andadura; contribuyen a mostrar y compartir un camino, a clarificar lo que está oscuro y saber lo que hay que hacer. No son contenidos fríos de bien estructuradas conferencias. *Se presenta la vida consagrada como una forma de vida que nos encanta. Se trata de devolver el encanto a esta vida nuestra;* de reavivar la gracia recibida. Para ello hay acciones que hay que iniciar o reforzar y otras que dejar de hacer o debilitar.

La mayor parte de los artículos y experiencias vienen de autores que *están auténticamente encantados y son verdaderos encantadores de la vida consagrada;* demuestran una especial habilidad para estimular, despertar, provocar, evocar, proponer y encantar... sobre todo con un camino espiritual marcado por el entusiasmo por esta forma de vida humana y cristiana. Creen en lo que escriben y viven lo que creen. Consiguen decirnos que hay en ellos un brote de primavera interior que no pocos la sentimos surgir y que está muy relacionada con un don especial que nos está haciendo el Señor en este momento de la vida de la Iglesia por la presencia y animación que viene del papa Francisco.

No hay duda de que no son pocos los religiosos que sentimos que en nosotros hay muchas vidas en una, que, por lo mismo, a ratos tenemos la intuición de que nos falta una letra o una nota para hacer bien la historia o la canción que hay que cantar para entonar el himno al verdadero encanto de la vida consagrada. Esa nota podría ser la misericordia, terminar los días de nuestra vida en un servicio generoso a los pobres, llegar a un par de horas de oración diaria, a una atención preferencial a los que duermen en la calle... Es bueno vivir la gran intuición de que la vida consagrada es elástica y da para nacer en Chile y vivir en la India, pasar 10 años en África y 4 en Italia...; sentirse misionero, global y ciudadano del mundo por el trabajo que nos pide pensar globalmente y proceder localmente y volver constantemente a las raíces sin perder nunca las alas. No debemos renunciar a vivir y superar los necesarios conflictos que devuelven el encanto; algunos dan para que se alivien o se resuelvan con el buen humor; otros para poner la pasión e inteligencia necesarias y así recuperar el encanto.

La lectura de estas páginas dejan con una doble convicción: Cristo es el que pone fuego en nuestro corazón; nos lo cuentan los de Emaús. La segunda convicción es más bien propuesta: la pasión por Cristo nos tiene que

apasionar por la humanidad; así se recupera el encanto de la consagración religiosa. Y nos deja con un consejo: no aplazar la conversión que toca hacer ahora. Ya se trate de la conversión del corazón, de las costumbres, la pastoral, la afectiva o intelectual. Hay una pérdida de encanto en el vivir del propio capricho. Estas páginas hablan a cada uno de los lectores y a su circunstancia concreta. Cada uno de nosotros es pobre, pequeño y pecador (PPP) y esto no necesita explicación. Reconocerlo deja capacitados para recuperar y vivir el encanto con una intensidad especial.